

BUEN HUMOR

15. FEB. 1925

40 CÉNTIMOS



EL.—¡Qué ingrata eres! ¡Cuánto me haces sufrir!
ELLA.—¿Yo?... ¡Pues si yo soy incapaz de hacer daño a nadie!

Dib. SANCHA.—Madrid.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 168

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

11.—Pueblo leonés.

90 DUEÑO
500 E 50
8071

12.—Un ave.

—Es tan chiquitina Rita que no prima-tercia por esa tontería.

—Ha debido afanarse más para terminar el tapete de dos-cuarto que era su tarea.

—Ten en cuenta que es de macho entreteni-miento lo que hace dando de comer a ese todo tan pequeño.

LOS

famosos
POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SON

infalibles para la destrucción de toda clase
: : de insectos : :



SOMBREROS
BRAVE
6-MONTERA-6

13.—De los negros.

R I 100 0
CARIDAD SIN R

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero.

14.—¡Evidente!

SEDIMENTO — CERO
PRONOMB
NOTA NOTA

15.—Teatral.

NOTA SIETE DE OROS
DESCANSO DOMINICAL

Los ejemplares atrasados de

BUEN HUMOR

correspondientes al año 1924, se venden en esta Administración al precio de CINCUENTA céntimos.

Los de años anteriores, al de UNA peseta.



EN LAS MONTAÑAS

es donde busca Vd. el aire y el sol, que proporcionan salud y energía; pero si quiere Vd. exponer su cutis, sin peligro, al frío y al viento, lávese siempre con

JABÓN HENO DE PRAVIA

Hermosea y protege la piel, favorece la cohesión de los tejidos y les da suavidad y tersura. Es el jabón ideal por la pureza de su pasta, abundante espuma e intenso y exquisito perfume.

PERFUMERÍA GAL
MADRID



COSITAS

DOS BATURRADAS

El estanquero de Casetas.



AY en la estación de Casetas, como en casi todas las de alguna importancia, un pequeño quiosco para la venta de periódicos y de tabaco. Rige el «establecimiento», un hombre cincuentón, baturro a carta cabal, de quien se cuentan muchas anécdotas y muchas oportunas respuestas.

La última de todas—o, por lo menos, la última que ha llegado a mis oídos—es una buena prueba de ello.

Fué a la llegada del mixto. Un hombre se acercó al pequeño mostrador y pidió a nuestro estanquero una cajetilla, un par de periódicos y una caja de fósforos. Entregó un duro y el bueno del baturro, apenas sin repasar la moneda, le dio la vuelta. Pero ya que iba amarcharse el viajero, el baturro comenzó a mirar y a remirar el duro.

Paróse en vista de ello el comprador y preguntó, con sincera honradez:

—¿Es falso?

—¡Y a usted qué demonios le importa, si ya tiene la vuelta en el bolsillo!

Buen apetito.

También creo que fué en Casetas donde sucedió lo que voy a contar, pero no se preocupen por si no fué allí y si en otra estación aragonesa, pues para el caso es lo mismo.

A la taquilla para la venta de billetes se acercó un clásico baturro, con su calzón corto y sus medias de lana, con sus alforjas repletas al hombro y su pañuelo en la cabeza.

—¿Quéirme si falta mucho pa que salga el mixto?

—Pues verá usted: el mixto sale a las ocho y cuarenta y son las siete y diez...

El maño arrascóse en la cabeza:

—Lo que yo quiero saber es si me dará lugar pa tomar un bocao.

—¡Y ciento si usted quiere!... ¡Falta hora y media!

El baturro, ya tranquilo, se separó de la ventanilla, descolgó de sus hombros las pesadas alforjas, las puso sobre un banco y se sentó a su lado.

Con parsimonia y lentitud, recreándose en mirar y remirar los manjares, sacó primero un gran pan tierno y bien cocido, cuya corteza crujió apetitosa al ser oprimida por las manos del ba-

turro. Después aparecieron cuatro chorizos, rojos e hinchados; un buen trozo de jamón magro; un cartucho que encerraba tres o cuatro docenas de olivicas negras; un buen pedazo de queso, grasoso y de corteza renegrida; y una pequeña bota, hinchada del buen vino de Aragón.

El baturro contempló hasta arboado todo aquel arsenal de provisiones que había ido depositando sobre el banco. Luego buscó entre sus ropas la navala y, ya que la encontró, fué con ella haciendo rebanadas el pan.

Ya hechos los preparativos, la cosa fué de una sencillez mecánica: un pedazo de chorizo, una rebanada de pan, un par de olivicas y un trago de vino, otro de chorizo, otro de pan, otras olivicas y otro buen trago... Así hasta que los cuatro chorizos desaparecieron, y el maño tuvo que comenzar con el jamón, que, a su vez, fué substituido por el queso.

Y cuando ya no quedaba, ni jamón, ni chorizo, ni queso, ni pan, ni olivicas, ni vino; cuando ya el baturro, con el papel colgado del labio inferior, molía el tabaco entre las palmas de las manos para hacer el cigarro, se fijó en un pobre can, flaco y sucio, que había asistido a aquella merienda, fijo, sin moverse, en una envidiosa contemplación...

Una vez encendido el pitillo, el baturro vió que sobre el banco había quedado un poco de miga manchada de la grasilla roja de los chorizos. Se la arrojó al perro, que, anhelante y hambriento, la cogió en el aire y la tragó sin mastigar.

El que envidió ahora fué el baturro, que exclamó:

—¡Maño, quién tuviera tu apetito!



Dib. SILENO.—Madrid.

ANTONIO GASCÓN

CUESTIONES DE POCO PESO

La misión del cuarto poder

Hace años—no muchos—teníase de nuestra Prensa un concepto harto bello y ruín. Para la mayoría de la gente, el periodista español era un chisgarabís desvergonzado y entrometido, que no servía para nada, absolutamente para nada, más que para hacer periódicos, cosa demasiado fácil y no muy elevada, en la pública opinión, y cuya realización estaba confiada a todos los fracasados en otras actividades o desertores de otros campos: a los seminaristas que colgaron los hábitos en vísperas de ordenarse, a los aventureros que cayeron Dios sabe de dónde con un roto atrás y otro delante buscando la sopa boba; a los reprobados en Hacienda, en Correos o en el Catastro; a los vagos de profesión; a los cínicos por naturaleza y, en una palabra, a todos los que de algún modo representaban la estulticia, el hambre, la gorronería y el desahogo... Afortunadamente, ese concepto, tan despectivo y tan equivocado, ha ido modificándose poco a poco, y en la actualidad, el periodista español es tenido ya por una persona honorable, que vive honradamente de su trabajo, sin necesidad de recurrir a chantajes ni a tram-

pas, culta, laboriosa, que viste con decoro y que juega limpio.

Claro que esta reivindicación no es aún general y que los moradores de ciertos pueblos de la Península siguen viendo en el periodista al desgraciado de marras, famélico y desahogado, que anda a salto de mata, persiguiendo el banquete, buscando el puro o esgrimiendo reiteradamente el sable. Y aunque yo nunca me permitiré poner en duda el fundamento que esos pueblos tienen para pensar así de los gaceleros indígenas, creo que no hay derecho a medir a todos con la misma vara y a meter a unos y a otros en una sola casilla del fichero profesional. Que si en el periodismo hay de todo como en botica, abunda lo bueno sobre lo malo y no es justo que de la excepción salga la regla. En el periodismo, como en el resto de las profesiones, se debe tener en cuenta la condición y antecedentes de las personas antes de hacer el censo. De lo contrario, cualquier confusión aun siendo involuntaria, puede constituir una ofensa.

Digo esto a propósito de lo que me ocurrió hace algún tiempo y que voy a referir con toda clase de pelos y seña-

les, omitiendo únicamente, por razones de la más elemental delicadeza, el nombre de la protagonista. Hallándome yo un día bajo la impresión inmediata de una desgracia de familia, presentéme en mi casa una señorita de una población próxima a Madrid y sin otros títulos que una amistad remota y desaparecida y la posibilidad de un futuro parentesco político, que en el caso de llegar a contraerse no lo alcanzaría un zalgio, me pidió, como quien no quiere la cosa, que se publicasen en *ABC* fotografías de la boda de un hermano suyo y una reseña detallada y minuciosa de tan interesante suceso.

En vano traté de convencer a dicha señorita de que lo que me pedía era muy difícil de lograr, primero porque la boda, aun siendo de mucha importancia para las familias de los contrayentes y aun habiendo tenido gran resonancia en la ciudad donde se verificó, al público de Madrid no le interesaba, y segundo, porque carecía yo de la influencia necesaria para conseguir la publicación.

—Diga usted que no le da la gana y acabamos de una vez. ¡Ni que se tratase de la boda de un barrendero! Otras publica *ABC* de menos significación. Apostaría cualquier cosa a que en el momento que la lleve usted, la publican encantados. Y si hay que pagar algo, se paga y asunto concluido.

Indulté también que con la mayor discreción tratase de demostrar a aquella señorita que el enlace matrimonial de los primogénitos de dos honrables tenderos de un pueblo, no adquiriría en Madrid proporciones de acontecimiento y de que *ABC*, aun pagándoselo al elevado precio de sus tarifas de publicidad, se resistiría a insertar la noticia. Mi visitante insistió de tal modo, con tan pertinaz ahínco, con tan tozudez tan machona que, para quitármela de encima, como vulgarmente se dice, le prometí interponer toda mi influencia cerca del gran periódico para que publicase la noticia y la fotografía de la boda.

Aquello fué mi perdición.

—¿Y diga usted, ¿cuándo se publicará?

—Señorita, yo sólo he dicho que trataré de que se publique.

—¿Y quién va a hacer la noticia?

—La haré yo mismo...

—Muy bien, muy bien. ¡Pues ya está usted haciéndola!

—En este momento no puede ser. Usted sabe que en mi casa ocurre una desgracia de familia... Yo no estoy en condiciones de ponerme a trabajar ahora...

—El caso es que tengo que regresar a mi pueblo esta misma tarde.

—¿Y quién le impide?

—Es que antes quiero ver lo que dice usted. ¡No sea que vaya a meter la pata...!

MARCIANO ZURITA



DIB.
PERALS
Granada.

—¿Cómo dices, abuelita, que no sé lo que es coger una aguja? ¿Y las del fonógrafo, quién las pone?



D.B. Rameluz.—Madrid.

—LA SOBRINA (leyendo).—«El Barón era un joven alto de arrogante presencia: un verdadero caballero de la edad media...»

—LA TÍA (suspirando).—¡Oh! ¡Cómo me gustan a mí los caballeros de esa edad!

CAZA DE ANIMALES SALVAJES

I

John Buncker, el célebre cazador inglés, era ante todo un hombre original.

Estas condiciones las demostró en sus correrías por África y América. Era además un admirable conocedor de las costumbres y de los gustos de los animales salvajes.

De su inédito libro de Memorias, he entresacado las líneas que siguen:

La caza del león.

El león es un cuadrúpedo de cabeza grande, uñas y dientes poderosos y que acostumbra a pasear por las selvas africanas. Su altura es de cuatro pies, y su largo, de siete a ocho. Según dicen, es el rey de los animales. Una abundante guedeja, que le cubre todo el cuello, permite diferenciarle de las demás fieras. Los hombres, cuando lo representan por medio de estatuas, lo colocan sobre un pedestal y teniendo entre sus zarpas delanteras una boca de cañón o una gran bola. Juro que ésta es una fantasía de los humanos; el león no acostumbra a colocarse sobre pedestales—en las selvas no los hay—ni sobre cañones, ni se fienen noticias de que le gusten las grandes bolas de metal bruidito. Yo, por lo menos, no he visto a ninguno de estos animales en dichas posiciones.

El león ruga, salta y es carnívoro. La caza se ha de realizar de la siguiente forma: en la parte de la selva más frecuentada por el león, se colocará una casaca de paño rojo y de galones y botones dorados. El león siente gran odio hacia esta prenda porque su instinto le dice, que dentro de ella, se oculta el ser más temible que para él existe: el domador, y se complacerá en destruirla con sus poderosas zarpas para después pasársela a su organismo.

Al día siguiente y en el mismo sitio, se colocará otra casaca idéntica a la anterior y que tendrá igual trágico fin.

Esta operación, realizada durante algún tiempo, lleva al ánimo del león el convencimiento de que las casacas rojas son indestructibles, de que toman a nacer no obstante ser destruidas, y el convencimiento de que su organismo es incapaz de recibir una nueva casaca con sus adornos de galones y botones dorados.

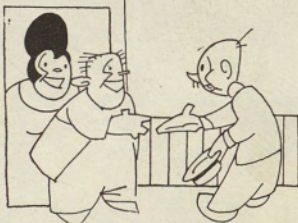
Y he aquí el momento propicio para la caza.

El cazador, vestido con una casaca roja, se presentará ante el animal, y éste, comprendiendo su impotencia contra lo indestructible y advirtiéndole la negatividad de su estómago para digerir una nueva casaca, se dejará atar, se entregará al cazador, se prestará a ser encerrado, se doblegará a todo antes que comersela la roja prenda.

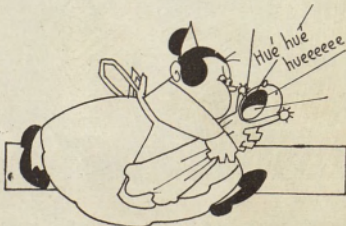
UN CONCIERTO INESPERADO.



1.º El señor Melentuchez tenía un aparato de radio con dos lámparas que de grandes que eran, parecían manchones.



2.º Y por las noches recibe a sus amistades para que participasen del regocijo que a él le embargaba con la misma contumacia que el casero.



3.º El unigénito de Melentuchez tenía la adorable costumbre de llorar todas las noches a la misma hora.



4.º Un día, el concierto de radio era tan extraño que los oyentes se quedaron más absorbidos que si les hubiesen hablado de un éxito en el Pontalba.



5.º La importante Sociedad «Radio-Socúfilamos», emite un concierto más raro que Belmonte en pyjama.



6.º Y ¡ciertot lo que sucedía es que el unigüelto le habían acostado en la cocina y el chico acababa de llegarle la hora de sollozar.

Para el buen resultado de esta caza, es necesario que el cazador advierta cuándo el león ha aborrecido las cascacas rojas y, por tanto, cuándo es el momento propicio para presentarse ante él vistiéndolo una de ellas.

Un error en esto, podría ser fatal, de tristes consecuencias. Cuando el cazador dude de si el momento ha llegado, lo más prudente es enviar a un amigo, vestido también con una cascaca...

La caza del oso.

El oso, también cuadrúpedo, es un animal de extremidades fuertes y grandes. Se conocen varias castas: oso enano, oso blanco, oso colmenero, oso marino... Se alimenta con vegetales aunque no por eso desdén la carne y diremos, para concluir su descripción, que es bastante estúpido ya que desconoce el peligro y no teme al hombre.

El oso es fácil de cazar y propicio a ser domesticado. Esto último se conoce porque, cuando se encuentra en dicho estado de sumisión, el oso acostumbra a ponerse de pie sobre sus dos patas traseras. Cuando el cazador logra colocarlo en dicha posición, el oso es suyo; solamente queda por hacer el pasarle una cuerda por la anilla que todos estos animales tienen en el hocico.

El oso, una vez domesticado, gusta de pasear por las calles y bailar cuando la gente se agrupa en su derredor. La caza del oso es caza de paciencia. Se ha de realizar tocando un pandero, atrayendo con sus sonos al animal y esperando a que este se ponga de pie. Según digimos antes, el oso, en cuanto se coloca en dicha postura, queda domesticado.

Caza del cocodrilo.

El cocodrilo es un anfibio que tiene gran semejanza con el lagarto. Sin embargo, el cocodrilo es mucho mayor. Tiene la piel dura y cubierta de escamas. El cocodrilo es de la misma familia que la pescadilla, tiene las mismas enfermedades e idéntica muerte, según he podido comprobar en diversas ocasiones. Esta última condición es la aprovechada para su caza.

El cazador debe esperar a que el cocodrilo duerma. Entonces, y con las precauciones consiguientes, atará el cebo a la cola del animal. El cocodrilo, cuando despierte, intentará morderse la cola para comer el cebo. Si lo consigue, su muerte es segura. Como dije anteriormente, la pescadilla y el cocodrilo, mueren de idéntica forma. Y todos sabemos que la pescadilla muere cuando, curvando su cuerpo, se clava los dientes en el extremo de la cola.

Por la traducción del inglés,
J. SANTUGINI Y PARADA

CAPRICHOS HUMORÍSTICOS

Días suspicaces

Hay en los periódicos días verdaderamente suspicaces. El director esos días se pone nerviosísimo, porque no tiene más remedio que publicar todas las rectificaciones, y eso le fastidia en lo más íntimo.

El día suspicaz del diario está lleno de timbrazos del director llamando al regente que entra como reo de lesa majestad en el despacho de la dirección.

El día suspicaz—el director mira con rabia a su fecha maldita—está lleno de rectificaciones.

«El doctor Henríquez, que vive en la calle de Práxedes, número 2, no tiene que ver nada con el doctor del mismo apellido, que deshonrando la profesión se ha dedicado a la cura de los sebáfonos.»

«Doña Encarnación Díaz, que se dió contra un farol hace algunos días, nos ruega hagamos notar que no iba sola, sino acompañada por su hermana Julia.»

«El licenciado Sr. D. Fernando Andrade, del que publicamos ayer la es-

quela de defunción, no tiene que ver nada con don Fernando Andrade y Valsequillo que murió el año pasado.»

Los específicos X^o no son los que con un sobrenombre parecido hacen crecer el cabello a contrapelo.»

—¡Qué desgraciada casualidad!—dice a gritos el director.—¡Qué desdicha!... ¡Arranque la hoja del almanaque, Fulanec!

El que mató al ladrillo

Estaba imposible el ladrillo aquella noche. Se abría como rabia de la tierra entre la cresa maleza.

Era bastante lejos de la casa.

Desesperaba el estar oyendo el ladrillo emboscado, y el dueño de la finca dijo al amigo que conversaba:

—¿Cuénto apuestas a que mató el ladrillo?

—Este puro que me han regalado en el bautizo de esta mañana.

El osado tirador de rifle continuó mientras cargaba su escopeto:

—Sé dónde está, donde no deja de

abrirse la boca mal educada... Si mañana vemos a la víctima, ya veréis cómo le he dado en la mismísima boca, como si le hubiese hecho tragarse una buena píldora.

Ayunar disparó y se acabó el ladrillo: —¡He matado el ladrillo! ¡He matado el ladrillo!

Al día siguiente se encuentra muerto a su rapaz que, según se supo después, imitaba perfectamente el ladrillo de los perros.

No se puede disparar en la obscuridad para matar ningún aspaviento de las sombras. ¡Cuidado!

La apetitosa soltera

¿Qué tenía aquella apetitosa soltera que producía gran excitación por donde quiera que pasaba?

Ni ella misma se lo explicaba.

Sólo un psicólogo muy vigilante y muy avezado, se hubiera dado cuenta del secreto.

Es que aquella solterita ingenua y retrechera llevaba ligas de recién casada, de esas ligas que venden como diademas para las piernas en los buenos establecimientos.

Los sellos de caucho.

¿Se debe tener un sello de caucho? ¿Debemos abominar de esa arma que estampa sus letras en un alevoso morado? ¿Debemos fundar en especie de carbonería al por mayor que funda el sello de caucho?

No se sabe. El sello de caucho nos anonada siempre al tenerle que usar y nos parece que nos sorprende convertidos en loteros en un barrio extraviado.

¡Horror de los que tienen muchos sellos de caucho! Generalmente se trata de no pagar con ellos o de urgencitar el pago de las deudas.

Es un juego divertido ver usar los sellos de caucho donde hay muchos. El que ha de clavar el sello en el papel hundiéndole bajo su estigma encuentra siempre el que no es y repasa el círculo de todos.

[Y que no se nota nada una equivocación trascribiendo en sello de caucho].

En Alemania abundan los sellos de caucho. Todo el mundo los tiene flamantes, comerciales, dicharacheros, expresivos, de última moda. Y gracias a esos sellos el Profesor tiene algo de relojero y el Doctor algo de despachante de aduanas.

Sólo hay un sello de caucho que está permitido; el sello de las señas de cada cual, sobre todo el de las señas de los que se ofenden y cavilan al no recibir respuesta a sus cartas.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Dib. TONTOLA.—Madrid.

—Pero, hombre: ¿por qué llevas esas botas tan grandes?
—¡Porque yo no ando con chiquitas!...

NUESTRAS ARTISTAS DIBujan Y ESCRIBEN

UN ARTICULO DE ADELA DE SANTAULARIA

ILUSTRADO POR ELLA MISMA

LA MANICURA



Esta gentilísima dama joven del teatro de Eslava, flor de gracia y de simpatía, nos envía un artículo lleno del más delicioso humorismo, ilustrado a la altura de los maestros del lápiz. En estos aspectos, es también para Adela Santalucía nuestra admiración.



El mayor suplicio que padece la mujer, es la sesión frecuente de la manicura; trataré de describir en pocas líneas la tortura, para tratar de apiadar a los lectores.

Aparte del escozor que produce al bolsillo, al que cueste el dinero, resta el escozor material, el dolor, el terrible dolor que la produce a una esa señorita con sus armas peligrosas.

Venga esa mano, nos dice autoritariamente la manicura, y nadie se atreve a decir que no. Yo creo en la autoridad sin límites de la manicura; es para nosotras, las mujeres, lo que los barberos para los hombres; no hay ninguno que se atreva a llevarle la contraria a un barbero que aguarda la contestación navaja en mano, como no creo que ninguna de nosotras se atreva a contrariar a la manicura cuando ésta aprisiona una de nuestras manos entre las suyas, y con pericia hunde una navajita en el dedo.

El oficio de manicura data de la época de la Inquisición; en aquel tiempo era el tormento supremo, ante el cual las víctimas confesaban su crimen. Abolidos los suplicios, sólo esto se conservó y se conserva en toda su plenitud.

La manicura os introduce primero la mano en un *bo* de agua hirviendo. Es inútil la protesta, el gemido, el llanto; la súplica, nada conmueve a la manicura; cuando ya ha tomado un tinte rojo, delator del suplicio pasado, y ya la mano se ha acostumbrado al calor del agua, la manicura la extrae de un tirón.

La mano se constipa, como es natural. Después, con un instrumento incispunzante, os hiere violentamente en el nacimiento de la uña; ella asegura que arregla los pellejitos, pero no es cierto, es para haceros sangrar.

Cuando su objeto está conseguido, os corta las uñas, después os las lima con fuerza, después os unta una pasta roja; luego, vuelta a frotar.

El dolor que os ha producido todo esto, hace que una se desmaye; cuando volvéis en sí, la manicura ha terminado.

Entonces os pide un duro.



DEL MOMENTO

Una entrevista con Temístocles Huidobro

Declaremos que están en moda las entrevistas con los autores e intérpretes de tangos argentinos. Primero supimos una serie de cosas relativas a Spaventa, ese agradable cantante, que ha puesto los cerebros de muchas jóvenes románticas como la sala china del Museo Arqueológico. Después nos adelantamos en el interior de "Delfy", el autor de *La copa del olvido* y del *Padremuestro*, hombre afable y jovial. Más tarde...

Pepe Montero Alonso, el simpático cronista, siempre atento a lo que puede interesar al lector, es quien nos relacionó con esos personajes que rezuman una melancolía pampiera, algo elegiaca, un poco pirrónica y ligeramente vinícola.

A mí, que me gusta cultivar la actualidad y la caña de azúcar, me ha parecido imprescindible celebrar una entrevista con un cantador de tangos argentinos. Y aquí está la entrevista. El cantador en cuestión se llama Temístocles Huidobro. Tal vez no le conozcan ustedes; pero eso es lo de menos.

«Cuando entré en el camerino del celeberrimo Temístocles, me hallé solo en la estancia. El autor de los preciosos tangos, titulados: *No vierta la sal, compadre*, *He tomado pasaje de tercera para Pernambuco* y *Me encurdele sin darme cuenta*, concluyó de desgrenar ante el público una de las composiciones musicales que le han dado tanta fama y le han aguzado con-

siderablemente la diabetes. De pronto, retumba una salva en la batería: se trata de un aplauso unánime y clamoroso, y Temístocles entra en el camerino con los ojos más encendidos que un puro de veinte. Al verme Huidobro abre sus brazos con afecto y me estrecha en ellos:

—¿Y cómo dise que le va, amigaso? Venga p'acá, que vi a darle una punta de abrazos... Ya no me mando mudar en seis meses. ¡Ni vuelta que darle! ¡So figre, so jaguar! ¡Ay, que rico tipo! ¡El idiota de su abuelo!

Sonríó a aquellas demostraciones de cariño tempestuoso y hay un momento en que la amabilidad de Temístocles me brinda un cigarrillo, una copita de *chartrouse* y un número atrasado de *Le Rire*. Yo comienzo a interrogar al gran artista.

—¿Dónde nació usted, Huidobro?

—¿Y quién s'acuerda de esas pava-das? Nací en Rosario, durante una novena.

—¿En qué año?

—El año noventa.

Yo hago cálculos y, como siempre, me equivoqué.

—Tiene usted, entonces, diez y siete años y...

—No, señor; treinta y cuatro.

—Es igual. ¿Cuándo cantó usted el primer tango?

—Un día que no sabía cómo echar de casa una visita, ¿sabe? Comensé a cantar y cuando concluí, llegó un tele-

grama de aquellos señores disiendo que habían desembarcado sin novedad en San Francisco de California.

—¡Rebaler! De manera que usted empieza a cantar y se queda solo. Muy bien. ¿Qué flor prefiere?

—Que me llamen ladronaso.

—Me refiero a las flores olorosas.

—¡Ah! La rosa de los vientos.

No me atrevo a sacar de su error a Huidobro y sigo la entrevista.

—¿Que poica prefiere usted?

—Martínez Anido.

—¿Le gustan las morenas o las rubias?

Huidobro tarda en responder; por fin se echa a llorar.

—¿Y qué quiere que le diga? ¡Si no lo sé! Eso me pregunto yo desde pequeño! ¡Ay, amigaso!

Procuro consolar a Temístocles por todos los medios que tengo al alcance, pero su llanto sigue fluendo insoportable; le hablo de la hegemonía americana, del teatro de Florencio Sánchez, del mate y de Núñez de Balboa. Todo resulta inútil. Temístocles Huidobro solloza sin cesar un segundo. ¿Qué se oculta tras aquellas lágrimas? ¿Una desilusión amorosa? ¿Un recuerdo contumaz? ¿Histerismo? No es fácil descifrarlo. Lo cierto es que la entrevista se ha desmochado.

El trasporte se asoma a la puerta para indicar al artista que de nuevo le ha llegado el turno de actuar, y Temístocles va hacia el escenario, limpiándose los ojos rabiamente. Se le ve luchar con el espantoso dilema de si le gustan más las morenas o las rubias. Yo quedo pensativo y triste.

¿Cuándo sabrá la verdad? Hasta el camerino llega la dulce voz de Huidobro que comienza uno de sus famosísimos tangos:

La pebeta
esperaba er. una esquina
de la calle Rivedavia;
la morlina,
dulce savía,
que a la china
le ofreció en un arrabal
un malevo
que en el gotán era nuevo
y que un día prometió
un vestido de percal...

No puedo resistir tanta emoción y salgo del teatro con el pie derecho para que no me quiten la carrera.

He aquí la entrevista con Temístocles Huidobro.

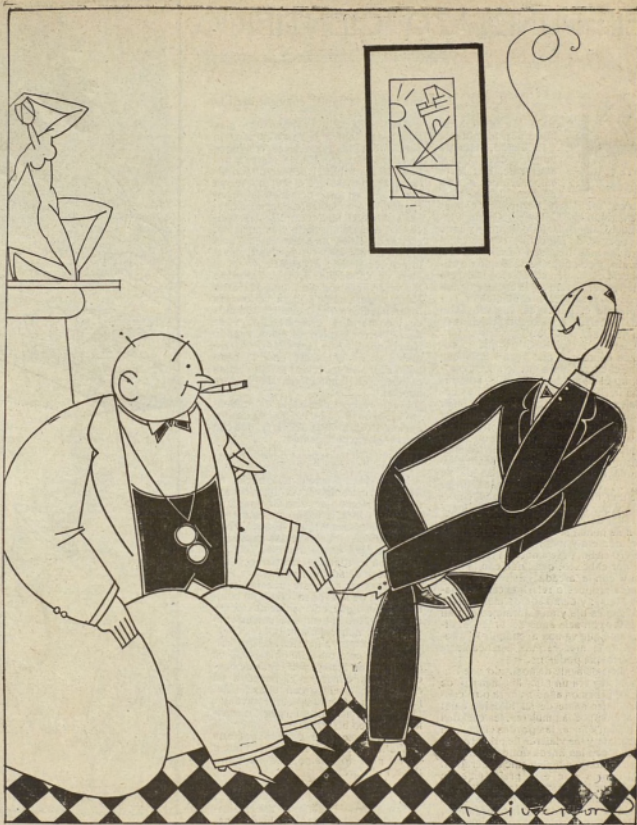
Enrique JARDIEL PONCELA



Dib. Rubén.—Madrid. 1934

EL DOCTOR.—Usted está bien, la pulsación es normal.

EL ENFERMO.—En esta muñeca; pero míreme en la otra y verá.



—Espero que me concederá usted la mano de su hija...
 —No hay inconveniente, pero ¿ha visto usted a mi esposa?
 —¡Sí, señor... a pesar de eso!

Dib. RIVASÓN.—Madrid.

EL PUÑETAZO CIENTÍFICO



HARRIS MERRY era un boxeador formidable y furibundo, amén de un poco cavernoso y alarmante, que tenía enloquecidos a los públicos de Londres, Nueva York, París, Berlín, Estocolmo, Viena, Munich, Colonia y Quina Flores del Campo. Dotado de unos puños para pegar, de imposible competencia para las más famosas camiserías del mundo, y con unos nervios que no había café capaz de excitárselos más, era el terror, el espanto y la escama de los otros boxeadores que pululaban por el planeta en busca del ansiado éxito y del anhelado cocido con principio (y sin fin, a ser posible.)

Claro está que nosotros, que no solemos admirar al que pega sino al que pone el cuerpo para que le aticen estopa, no compartimos jamás la admiración irreflexiva que las susodichas capitales europeas y americanas sentían hacia el funesto y exuberante bestia que tiene el honor de ser el protagonista de nuestra historia. Para nosotros, un hombre que hace *crochet* tiene los mismos merecimientos que una señora dedicada a las labores propias de su sexo, y muchos menos de de luego que una mecanógrafa, que una cupletista y que una concejala recién inaugurada, de esas que en la primera sesión se ponen al alcalde por montera con montera y todo.

Pero en fin, pese a nuestra repugnancia por el boxeo, que linda con la náusea y con la arcada gastrálica, nos hemos propuesto referir el caso de Harris Merry; y como somos más serios que una esufa y más formales que un cadáver con seis años de práctica, dicho está que vamos a cumplir lo ofrecido, de la manera más estéticamente literaria que podamos.

Suficientemente demostrado que Harris Merry era un rato kilométrico de bruto, debemos añadir ahora otra cualidad interesante de su idiosincrasia: su afición por las mujeres, las casadas en primera línea, las gordas en la línea inmediata y las viajeras de primera clase en todas las líneas donde había trenes rápidos o simplemente acelerados.

¿Diremos que esta preferencia de Merry por las casadas tenía aterrorizados y un sí es no es moscas a los maridos londinenses, neoyorquinos, parisinos, estocolmistas, muniqueses, vieneses, berlineses, coloniales y ultramarinos? ¡Lo diremos, porque es verdad; y por la verdad, según Alciabiades, no debe omitirse nunca, más

que cuando a uno le conviene decir lo contrario!...

Este terror de los esposos era más lógico que Kant. Y la razón pura es la siguiente: si las respectivas cónyuges se enteraban con Harris Merry y holaban el consabido y desacreditado tálamo, era un peligro el enfadarse, ya que Merry, en caso de surgir la bronca, podía cómo-lamente, además de haber hollado el tálamo, hollar las narices del esposo ultrajado y estupefacto, con uno de sus *directos* mucho más fáciles de convertir en realidad que el directo de Madrid a Valencia y que el ídem de Valladolid a Vigo. Estos no los verán nuestros ojos. Los de Harris Merry seguramente podían verlos las fosas nasales y los inocentes pómulos de los maridos mencionados, y de aquí el terror pánico de éstos cuando Harris posaba sus rasgados ojos (rasgados en un encuentro con un campeón negro ya fallecido) en sus bellas e inseguras compañeras de cámara nupcial.

Y este reserva mental de los prudentes esposos dió lugar a las siguientes aventuras amorosas de Merry, que con mucho gusto publicamos.

II

Harris Merry boxeo una noche en París con el campeón del Berrio Latino, peso pluma, Jacques Constant. Al segundo *round* le metió una morrada tan incandescente que Jacques rodó por el pavimento, sin fuerzas para nada más que para lanzar una invectiva indecorosa a propósito del tierno y anciano *père* de su contrincante.

Consecuencia de este triunfo, fué la caída de la esposa de un tal monsieur Duval, que además de un tal era un cual, como lo demostró con su conducta vil y nauseabunda.

Duval, como ya habrán ustedes adivinado, se enteró del innoble pacto de su mujer con Merry, y en lugar de buscar a Merry e increparle, buscó a un amigo y se lo refirió con todas las señales que había podido cazar al vuelo.

Y como remate de su relación, emitió esta poco bizarra frase:

—¡Harris se la ha ganado por sus puños!... ¡Y como yo no quiero que a mí me pase lo mismo, me inhibo!... ¡Viva Poincaré!

III

Harris Merry boxeo otro día en Nueva York con el campeón de medios pesados William Waston. El encuentro fué un poco largo, porque William mentía al calificarse de medio pesado, ya que lo que era cierto es que era un



ELLA.—Ya que tienes afición al oficio ¿por qué no menos arriesgado?

NARRACIÓN PUGILÍSTICA

tio pesadísimo en la más ardua significación de la palabra. Pero, de todas maneras, aunque al final se hizo esperar, llegó al cabo con el resultado que todos esperaban, si bien lo esperaban sentados cómodamente por lo que estaba tardando en llegar.

William Waston recibió en tan culminante momento un puño verdaderamente bizantino y calcitrante y se desplomó sin decir ni *pro*, aunque es de suponer que, al no decir eso, era porque no conocía palabra del excelso y sonoro idioma castellano, cuyas bellezas se aprecian sobre todo en traballos como el que yo ahora estoy escribiendo en estas fuertes columnas.

Y la derrota vergonzosa de Waston fué el preludio de una nueva conquista de nuestro categorico Merry. Una espectadora, casada legalmente con un fulano yanqui llamado Jack Bunsen, y llamado por los amigos cosas muy feas después del lance, se prendió de Harris y olvidó con él la palabra empeñada a Jack y que venció aquel mismo día de un modo horrible y fulminante.

Y Jack Bunsen, recordando prudentemente que discutir con el seductor era convertirse en marqués de Pulon-rostro, se inhibió como su antecesor parisiense, aunque no le imitó en lo de referir el adulterio a los amigos.

Pero fué igual. En Nueva York la gente es muy chismosa y lo averiguaron ellos.

Y el choteo recorrió la bahía del Hudson y el East-River de punta a punta, en medio de unas carcajadas rotundamente trasatlánticas.

IV

La repetición de los discos precedentes se verificó en Praga, en Estocolmo, en Roma, en Londres, en Oslo (antes Cristianía y antes Oslo otra vez), en Leningrado (antes Petrogrado y antes San Petersburgo) y en Buenos Aires (antes Buenísimos, porque con el tiempo todo se gasta y se estropea).

En todas partes triunfó Harris en los rings y en todas colofonó su triunfo con la respectiva conquista y con la consiguiente abstención de los esposos ofendidos, y los llamamos ofendidos no sabemos por qué, pues ellos no se querían ofender ni aun pagándoselo a buen precio y suplicándoselo por la santísima virgen.

Pero un día...

Un día salió Merry a boxear en Berlín con el campeón de Germania Hans Wipzterfghi. Tres rounds de veinte minutos, guantes de diez y ocho onzas y el pino del ring con empedrado de cuña, condiciones durísimas como us-

tedes apreciarán con el tacto y la penetración que yo siempre les he reconocido de bonísimo grado.

En el tercer round surgió magnífico el maeztrazo que Harris llevaba dentro y Hans Wipzterfghi sintió que le administraban un soplamocos tan inenarrable y tan sideral que cayó sobre las piedras, sin tiempo para lanzar más que la siguiente frase:

—¡Dejo toda mi fortuna al colegio de niños sordomudos de Maguncia, de donde soy natural! ¡Dios me acoja en su seno!...

Y lo ya consabido en estos casos: la esposa de un carnicero que lanza tres suspiros, Harris que oye cuatro porque siempre abultaba las cosas (y de ello), y a las veinticuatro horas solemne reiteración de la faena adultericia y consiguiente asombro del esposo enragado.

Pero, contra todo lo que se podía suponer, el marido berlinés se enfadó de verdad; y es que los alemanes, aunque han perdido la guerra, son unos señores con los que les recomiendo a ustedes que no tengan cuestiones de estado. El caso fué que el carnicero aguardó a Harris Merry a la salida del hollado domicilio y a los dos minutos de enfrentarse con él, Harris había recibido sesenta y ocho bofetadas, catorce capones, un morrón que fué un derribo y un ciento de guantazos que fueron una liquidación forzosa por cesación de comercio. ¡La *débacle* con vistas al campol!...

Ustedes quizás duden de esto, quizás les moleste por crearlo un final ilógico y absurdo; y, sin embargo, era naturalísimo. Harris no sabía atizar candelas más que científicamente, y como ninguno de los metidos del pincero se sujetaba a los cánones pugilísticos, no pudo hacer más que sopor-tarlos, ya que dos o tres veces que trató de aprovecharse de su ciencia vió con espanto que recibía más golpes todavía que cuando se limitaba a esperarlos en la inercia más definitiva.

Este cuento, pues, no tiene otra finalidad que la de destruir una leyenda, evitando que nadie tenga a los boxeadores el miedo injustificado que les tiene.

Aunque, por si acaso falla la cosa alguna vez, es conveniente rehuir cuestiones con ellos... Hay algunos que, además de atizar científicamente, atizan por el procedimiento analfabeto, ¡y la nariz es sagrada!

Procuramos que, aparte de sagrada, sea intangible. Es una sabia medida.

ERNESTO POLO



Dib. SÁMA.—Madrid.

al oficio ¿por qué no pones una tienda de comestibles

UNA DOCENA DE ÑOÑERÍAS

I

A un tenedor de libros, jugador, que cayó, por el juego, en el abismo, los cubiertos quitó a un acreedor; y hoy, si come cordilla el buen señor, tiénela que pinchar consigo mismo. ¡De algo le ha de servir ser tenedor!...

II

—¿Cómo quedó usted cojo?
—A causa de un canazo en este ojo.
—¡Hombre, eso sí que es raro!
—No, señor; está claro:
quedé mal de la vista, tropecé...
y al caerme rompí el peroné.

III

—Dime, ¿en qué se parece Inés Prado, (la señora jovial de Lacerda) a un reloj que se encuentra parado?
—En que no tiene nada de cuerda.

IV

¡Si será distraído Luis Ripalda que, al salir a cazar con Agapito, lleva el perro colgado de la espalda y arrastrando el morral de un cordelito!...

V

Esto hablamos después de las dolencias del cólico que tuvo Inés Matillas:
—Diga usted, ¿fué de malas consecuencias?
—No, señor; fué de malas pescadillas.

VI

—Al juez municipal de Valdellano a escardar cebollinos le mandé.

—Pues fué un atrevimiento soberano.
—No, señor; es que el juez es mi hortaleno.
—Entonces... no hay que hablar; dispense usted.

VII

Dijo el día de Pascua Luis a María:
—¡Tiene usted un cuerpecito que me subyugal! Si la regalo un pavo, serrana mía, ¿me dará usted un poquito de su pechuga?

VIII

El prendero Romero vendió en Haro a Jenaro una mesa con tablero y con patas Luis XV, y a Romero le dijo así Jenaro:
—¡No me venga con esas patazatas! ¡Me parece muy raro que Luis XV tuviera así las patas!...

IX

Tan flacuchas están las de Perrondo, que, en lugar de globitos pectorales, tienen dos hornacinas, en las cuales se ven dos majuelitas hacia el fondo...

X

Yendo el gran automóvil de Luis Pelayo desde Getafe a lilescas igual que un rayo, a pesar de su fuerte máquina nueva y los veinte caballos que dentro lleva, se estrelló contra un árbol en el camino y arrastrado por bueyes anoche vino. Si necesitan bueyes para su viaje, ¡ya pueden esos chismes irse al garage!

JUAN PÉREZ ZÚNIGA

PENSAMIENTOS RECIÉN PENSADOS

Si Francos Rodríguez hablase en el desierto, el desierto se quedaría más desierto todavía.

Cañelos muertos, cincuenta y cuatro.

Abusado parádico:

A un cabo le hacen ustedes sargento (o se lo hace quien puede) y resulta que tiene un grado más.

Pero si llaman ustedes a un médico y le hacen que le tome la temperatura, el médico asegurará que tiene los mismos grados que cuando era cabo.

A no ser que tenga un poco de desatención, en cuyo caso no hemos dicho nada.

A nosotros nos gusta atar todos los cabos, aunque no desde luego los cabos que pueden largarnos un mampor-

ro si cometemos la insensatez de querer atarlos.

La verdad y la mentira son cosas morrocotudamente circunstanciales.

Yo digo que le he abrazado un abrazo a mi cocinera en el pasillo y es verdad.

Pero lo asegura mi mujer y es mentira...

¡Fíos no, y aconsejo a mis lectores que hagan lo mismo; que ya lo habrán hecho sin necesidad de mis consejos!...

A *Chelito* no le gustan los pollos asados.

Los quiere de la aristocracia.

Comar en el *cabaret* del Palace la noche del 24 de Diciembre, se llama hacerse la Nochebuena.
"Pagar el importe de la comida, es hacerse la Pascua.

En Madrid, en París, en Londres, en Nápoles, en Ginebra y en Liverpool, los que trabajan en las barras son gimnastas o equilibristas excéntricos.

En Viena, los que trabajan en las barras son panaderos.

Qué raro contraentido, ¿verdad? Como para perder la cabeza y no volver a tener un pensamiento en la vida.

Que si son como los que acaban ustedes de leer, es preferible, ya lo sé.

NÉSTOR O. LOPE

HABLEMOS DEL TIEMPO

Oportuno es ahora
que aun el año alborea,
daros aquí noticia
(aunqu quizá os parezca
que estando en pleno invierno
será noticia fresca),
de unos datos curiosos
que, con santa paciencia,
he hallado revolviendo
ar-chivos y ar-ovejas.

Refiérense al origen
insólito de ciertas
unidades de tiempo
que de antiguo se emplean:
el día, el mes, el año...
y no digo *la Era*
por ser *trillado* asunto
y *parva* la materia.
El llamar *día...* al día,
tal vez ustedes crean

que viene del caldeo
por lo que el sol caldea:
ni es caldeo, ni turco,
ni sanscrito siquiera
y eso que en el sanscrito
«an-scrito cosas buenas!

Proviene de que hubo,
quizá en la edad de piedra,
cierto tío muy chinde
de esos que en paz no dejan
a nadie con sus órdenes
o sus imperpinencias,
el cual, al despertarse,
tenía por sistema
llamar al secretario
y empezar la monserga:
«*dí-a* Fulano que vaya;
dí-a Mengano que venga;
dí-a Zutano que saque;
dí-a Furciales que meta...»
(Hubiese despedido
más pronto con «*dí arreal*»).

Al ver que diariamente
eran del señor estas
sus primeras palabras,
la grey «pelotillera»
le llamó *dí-a*, al día
en homenaje al pelma.
Por cierto, como el tal
de junto al Béis era,
resultó un *día... bético*,
nombre que aun se conserva.

El «mes» originóse
de análoga manera,
porque aquel maladero
dijo en la costumbre aviesa
de «sablear» a todos
al llegar las calendas:
y aunque le respondían
con voces descompuestas
«¡ya os he dicho que *nonas...*!»
«¡*ldus* de mi presencia...!»
él elegaba impávido
en forma planillera:

«¡Que *m'es* indispensable...!»
«¡Que *m'es* de suma urgencia...!»
De lo que en un sólo día
sacaba con sus tretas,
vivía un mes... *enterio*
aquel gran sinvergüenza.

También dió nombre al año
su original idea,
reputada por todos
infalible y perfecta,
de computar el tiempo:
tomaba una cazuela,
firébela a lo alto
y, al estrellarse en tierra,
—¡claro!—se hacía *ahicos*:
cada trozo, a la vuelta
de doce meses justos
cogía con paciencia
y contaba: «un *ahico...*
dos *ahicos...*» etcétera.

¡Qué cosas tan extrañas
las de la edad de piedra!



Dib. GARRÁN.—Madrid.

—Me han dicho que eres el novio de la Segunda, la criada del principal..
—¿De la Segunda del principal? Yo soy de la Segunda del primero.

MIQUEL A. CALVO ROSELLÓ.

UNA AVENTURA DEL CAPITAN TIPP

EL SUPERVIVIENTE DE «EL ESCORBUTO»

—¿Quiere usted saber cómo sucedió la catástrofe en que perecieron los setecientos pasajeros del «Escorbuto»?

—Sí, capitán. Sospecho que será muy interesante.

Paseámbamos por el muelle del Havre, envueltos en la neblina de un crepúsculo anaranjado.

El capitán se detuvo. Alargó un brazo. Abrió la mano de aquel brazo con la palma extendida hacia arriba. Cuando le puse en la mano una moneda de cinco francos, el capitán la apretó rápidamente y, con aire distraído, se la llevó al bolsillo.

Después contó la historia. Es así: Una noche de invierno, lluviosa, oscura. El «Escorbuto» cruzaba el Océano con rumbo a Nueva York. Viajaban en él varios millonarios.

Todo el pasaje de primera se hallaba en el salón de fiestas, hablando en voz

alta unos a otros para atenuar los chillidos de una cantante inglesa que, desde el escenario, mantenía un criterio absolutamente opuesto al de la orquesta.

La velada transcurría en el más transatlántico de los aburrimientos.

Fue entonces, cuando una voz llenó a todos de sobresalto y los hizo apretujarse unos contra otros, aceleradamente, con dirección a la puerta.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Yo no deseo a nadie que viaje en un barco de los que se incendian. Suelen producir bastantes molestias.

—¡Todo el mundo a los botes!, gritó el capitán Tipp subido en una butaca.

El pasaje, la tripulación, todo el mundo corrió a los botes. Las mujeres y los niños primero.

—¡Suba usted, capitán! ¡Sálvese!

—No, no puedo. Mi deber es perecer

con la embarcación. Estoy obligado a ser el último que abandone su puesto.

—Pero ¡si ya no queda nadie a bordo!

—¿Quién sabe? Una sola persona que pereciera mientras yo buscaba salvación, pesaría toda mi vida sobre mi conciencia. Debo hundirme con la embarcación que se me ha encomendado. ¡Aquellas palabras produjeron gran emoción entre los que se suspendían en los botes sobre el mar.

La lluvia arreciaba.

—¡Sálvese, capitán!

—No.

—Capitán, su mujer le espera allá en el hogar...

—Me quedo.

—Pero...

—El deber es el deber.

Los de los botes prorrumpieron en una ovación estruendosa. Se dieron algunos vivas. El capitán salió varias veces a cubierta, a saludar.

Después se bajaron al agua los botes. Fue un instante terrible. El mar, rugiente, amenazador, jugueteó con los botes cargados de naufragos.

El capitán se quedó sólo. Paseó por el barco y luego fue a su despacho. Tres horas después, extrañado de que el fuego no hubiese hecho estallar las calderas, bajó a reconocer el buque. No había fuego por ninguna parte. Ni humo, ni nada.

Subió a cubierta y llamó a los naufragos. No se veía ni un sólo bote.

Seis horas después, cuando hubo acabado de leer una novela de detectives muy interesante, el capitán Tipp hizo funcionar la radiotelegrafía.

Al poco rato, le recogió un vapor holandés y luego se encontró otro barco que consistió en remolcar al «Escorbuto» hasta el primer puerto.

Y al desembarcar, el capitán Tipp leyó en los periódicos todos los detalles de la catástrofe. Los noventa botes se habían hundido, pereciendo en ellos los pasajeros y la dotación del «Escorbuto». ¡Era una noche tan mala!

—¿Y cómo no hubo incendio, capitán? ¿En qué se fundaron para ponerse a salvo aquellos infelices?

—Fue una falsa alarma. En los cines ha sucedido así con gran frecuencia. Una voz, un malintencionado... Es necesario convencerse, amigo mío: No hay nada como el cumplimiento del deber. ¡Ya ve usted yo!... ¡Aquellos pobres!

Después, el capitán y yo hicimos tres minutos de silencio. Cuando reanudamos la conversación, el capitán me pidió tabaco.



—Pero he visto, José María, qué rizadas están las olas?

—Como que estamos cerca de las islas Marcell

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.

Madrid.

JOSÉ LOPEZ RUBIO



—Esto es horrible, don Julián, cada día está todo más caro.
 —Tienes razón, Tomasa. ¡Todo sube menos el ascensor!

Dib. GARRIDO.—Madrid.

EL FUMADOR

Cuando Juanito tuvo catorce años, empleaba sus largos ocios en reventarse los numerosos granos que cubrían su faz, atestiguando su edad. Pero en el día feliz de su santo, ese día en que se había reunido toda la familia a comer en casa de Juanito, su padre, a los postres, le entregó un soberbio habano, diciéndole:—Toma, y hoy, por excepción, te permito fumar...

Juanito cogió el puro, se lo fumó y puso perdidas las alforbras de la casa, pero a pesar de ello, encontró preferible la ocupación de fumador a la de espachurrar granos y decidió adoptar esa primera costumbre.

A consecuencia de esta decisión,

Juanito y su papá tuvieron un choque; no se pasó de las palabras, pero el padre del adolescente le significó su deseo de que no volviese a fumar más.

Juanito, como los pueblitos conscientes, sintió nacer en él la rebeldía, y desde aquel momento fué el más decidido fumador del orbe.

Juanito se fumaba todo: paja, algodón, cartones, el crepé de su mamá; el niño no cesaba de echar humo por la boca. Los muebles, los manteles y las sábanas sufrieron poco a poco una pertinaz viruela negra, que los afeaba considerablemente.

Su padre se enfureció, pero nada pudo contra la decisión de su hijo. Jua-

nito se hizo, pues, hombre, sin notar lo, como ocurre siempre, y un día se encontró frente a un espejo, se miró y vió un caballero con una sortija, una cadena cruzándole el chaleco; el caballero tenía un espeso bigote y fumaba un puro.

Juanito observó con fijeza; la cadena era la suya, la sortija también; sonrió y el caballero sonrió; no había duda, era él mismo. Saltó a la calle, llevando nueva en la mente su actual imagen.

—Pero, señor—se decía—, cómo es posible que yo ayer un crío...

Juanito se aburría en la vida; mientras había sido joven había entretenido pensando en lo que haría de mayor, y desde ese momento hubo llegado, no había tomado aún una determinación concreta.

Tengo horror de las profesiones populares; no seré ni abogado, ni médico, ni ingeniero, quiero ser algo más original.

Juanito meditó largo tiempo, y después asesinó a una señora anciana que no sabía cruzar las calles.

La mujer cayó víctima de cinco tiros en la cabeza.

Los transeúntes se alarmaron mucho y los agentes de la autoridad lo condujeron a la comisaría.

Allí le preguntaron su nombre y su profesión.

—¿Qué es usted?

—Asesino amateur... Y explicó su oficio:—Yo no asesino para robar, tampoco por cuestión política; yo asesino para mi íntima satisfacción. Además, haré notar que aparte de no perseguir ningún fin lucrativo, he suprimido a una señora ya de edad, la cual, de hijo, había terminado con su obligación en la vida.

Esa señora que no sabía cruzar calles, era, seguramente, una molestia para su familia. Sus hijos no se atreverían a viajar por no poder dejarla sola; deberían de turnarse para hacerla compañía; además, tendrían que soportar sus ideas anticuadas, sobre todo. Esa señora tendría un espíritu reaccionario hasta los matices más repugnantes; esa señora, en fin, debía desaparecer, y ya que la naturaleza sólo se ocupa de cosas triviales, como es el levantar viento para que se le llenen a uno los ojos de polvo, o también en hacer que llueva en las ciudades, lugar en donde molesta y no en el campo, que es donde es necesaria la humedad, pues me ocupé yo del asunto de la defunción.

Los jueces no comprenden nunca y el pobre Juanito fué encerrado en la cárcel.

A poco de entrar en su celda, Juanito comenzó a meditar sobre la actitud de el perfecto presidario. —Escribiré mis memorias—pensó.—Es mi deber; todo el que ha estado en la cárcel debe de escribir sus memorias. También puedo hacer pelotillas de goma, aunque ya



Dib. CIENFUEGOS.—Madrid.

—¡Circule: usted no puede estar parado:

—¿Y por qué?

—Porque tiene usted cuerda!

está muy visto. Después compondré coplas que cantaré por la ventana.

Y Juanito se fué habituando, poco a poco a la vida de la prisión y después de meditado concluyó.—Ea, ya encontré mi verdadera profesión, seré preso; y satisfecho encendió un cigarro puro. Porque el asesino había conservado a través de todas sus aventuras, su pasión por el tabaco. Lo primero que hizo al ser recluso fué informarse de la calidad de los estancos de las calles próximas, y después de haber elegido, envió a uno de los empleados a escogerle cigarros.

Juanito no necesitaba nada, pudiendo fumar; su fortuna personal le aseguraba el mantenimiento de su vicio. Las propinas distribuidas con largueza, hacían que todo el personal de la prisión, se disputase el puesto de ser quien compraba los tabacos del asesino. Continuamente había un carcelero rebuscando en un estanco para encontrar la flor de la Habana, con la que atenuar el aburrimiento de la inactividad del preso.

Sin embargo esto no podía seguir ocurriendo: alguien puso al corriente del caso al director de la cárcel y este llamó a Juanito a su despacho.

En breves palabras le explicó su disgusto y su voluntad de que el caso no se repitiera.

—Listed comprenderá, que yo no tengo el personal para que le haga a usted recados.

Juanito insistió.—Yo tengo necesidad de fumar, de fumar bien y no estoy dispuesto a renunciar a mis costumbres.

El director afirmó.—Pues yo no puedo consentir más este abuso y hoy mismo prohibiré a mis empleados que cumplan sus deseos.

Juanito protestó.—Pues yo tengo que fumar, y me he de valer de ese medio como el mejor.

¡Pues no fallaba más!

El director comprendió que lo que pedía el preso no era nada demasiado grave y trató de arreglar el asunto:

—Veamos, veamos, dijo conciliadoramente; esto de fijo se puede solucionar a gusto de todos, sin disgustarse; usted pretende fumar cigarros escogidos a su gusto, yo me opongo a que mis empleados llenen esa obligación. Pues la manera de arreglarlo es que sea usted mismo el que escoja los cigarros. De modo que si quiere usted fumar, tiene que ir en persona a los estancos, pero de ninguna manera emplear para ese menester al personal de esta prisión.

Juanito se ofendió.—No sé por quién me habrá tomado usted, ya que se imagina que voy a correr por los estancos como si fuera un niño travieso que quiere fumar su primer pitillo. Yo, no; o van a buscar mi tabaco, o no fumo.

El director se encogió de hombros y ahí terminó la entrevista.

Juanito se retiró a su celda herido en su amor propio, pensó en dejar de fumar para siempre, pero eso hubiera sido una claudicación indigna de él. Recordando su entrevista con el director, fué sintiendo nacer en él la indignación contra la falta de amabilidad y

de cortesía.—Esta gente es intratable, no se puede vivir con ellos—dijo, y después, asqueado de todos, hizo su maleta y se marchó de la cárcel sin despedirse del director.

EDGAR NEVILLE



Padilla. —Madrid.

—¡Por Dios, Paquita! ¡No cierre usted los ojos que ya estamos hartos de niñas desaparecidas!

Disección del concierto

Prólogo.—El público de los conciertos es muy «de uno en uno», como el de los «cines» es muy «de dos en dos» y el de los teatros es «de tres en adelante». En los teatros, el comentario; en los «cines», el cuchicheo; en los conciertos, el silencio. ¿No es así?

Por las bocanales de un teatro acuden las familias charlando lentamente. Por las de un concierto acuden todos a la hora precisa, de «uno en uno», rápidos, ligeros, como «la viceversa» de

una perdigonada; como a una necesidad, pero del espíritu.

En la primera puerta del local cortan lo que dice «entrada» a la localidad. Eso era lo más importante del papellito: la vida, el alma. ¿Qué más da, luego, que sea butaca, preferencia o «gallinero»? ¿Que más da que los entierros sean de primera, de segunda o de tercera? El papel que en la taquilla nos dieron aquellas manos de cuento brujo, ha muerto.

Preludio de veras.—No creáis que son «grieguerías instrumentadas» esos sonidos de antes de comenzar, en los que yo creí que se afinaban los instrumentos. No; no son «grieguerías»; es una conversación íntima y bastante discreta, que tienen los violines, saxofones y arpas, hasta que el profesor, un poco severo, a mi juicio, los manda callar con el «tá-tá-tá» de la batuta; (y tal vez me parece un poco severo, porque una vez supuse que, con el pretexto de empezar, lo que hacía era mandarnos callar a Bartolozzi, el dibujante con cara de ratón, y a mí, que charlabamos; y me azoró, y me dolió, y tengo mal recuerdo).

Scherzo.—¡Cómo desafina en nuestra alma, sin pasar por nuestro oído, el que las hojas de los libros de los violines anden, al volverlas, premiosas!

Un hombre pequeño toca el violón. Esto me recuerda la fotografía de un matrimonio, que vi en un portal: él pequeño y ella enorme; él, con levita y corbata blanca, y ella, con la flor de azahar sobre un pechugón de plataforma.

He llegado a pensar, al ver que solo suelen tocar el arpa las mujeres, si habría que sujetarla en la cuenca del esternón, pero he visto que no.

El de los timbales toca de afición, por divertirse; a mí no me la da.

Los que tienen que hincar los carrillos para tocar, no es que miren al papel por necesidad. Se ponen tan feos, que les da el gozo de vergüenza encontrarse con las miradas del público; eso es lo que les pasa.

Charla en el descanso.—Los profanos hemos llegado a distinguir ¡al fin! la Filarmónica de la Sinfónica, en dos cosas: en las iniciales F y S, y en las barbas de Arbós.

En el tiempo en que los conciertos fueron en Price, hemos estado expuestos a que un clown saliera por una puerta lateral, y dirigiéndose a Pérez Casas dijera: «Señor: aquí no se puede tocar». Pérez Casas tendría que condescender con una sonrisa de paciencia; los duros gestos de los estudiantes vascos se agriarían; pero yo sentiría no haber llevado a mi sobrinito.

Los subdelegados de Medicina debían obligar a que en teatros, Congreso, presidios, Universidades, etc., etcetera, se dieran uno o dos conciertos al mes para refinar el oxígeno del ambiente. La música es la vaporización del Arte.

Finale.—Eso que hacen con las manos y la cabeza Arbós y Pérez Casas, no tiene nada de particular. Lo difícil es hacerlo como un señor que se sentó el otro día a mi lado: con el pie, girando sobre el tacón; y además ¡toda la tarde!

ANTONIO ROBLES



Dib. ALBERTO MATOS.—Valencia.

—¿Y cómo se fue tan lejos su esposo a pegarse el tiro?

—Porque como el pobrecito sabía que me molestan mucho los ruidos...

DEL BUEN HUMOR AJENO

APELLIDO DE CABALLO

por ANTÓN CHEJOV

Al general retirado Buldeyeff empezaron a dolerle las muelas. Se enjugó la boca con vodka y con coñac, hizo uso de las aplicaciones de tabaco, de opio, de trementina y de petróleo, se unió la encía de todo. En los oídos se puso algodón mojado en alcohol; pero nada de eso le alivió y tan sólo consiguió que le provocara náuseas. Al aconsejarle la extracción, el general se negó rotundamente.

Todos los de la casa, su mujer, sus hijos, la criada, Peika, el cocinero, le propusieron remedios diversos.

El administrador de Buldeyeff le aconsejó que se dejara curar por medio de exorcismos.

—Hace unos diez años, excelencia— le dijo—, vivía en nuestro distrito el recaudador de arbitrios Jacobo Varilich, que exorcizaba los dolores de muelas. ¡Lo hacía muy bien! Solía volver la cara hacia la ventana, murmuraba no sé qué, escupía unas cuantas veces y se quitaban los dolores en el acto!

—Y ahora ¿dónde está ese hombre?

—Después de que lo dejaron cesante se fue a Saratoff, y allí reside actualmente, con su suegra. Ahora se dedica únicamente a exorcizar las muelas, y de eso vive. A la gente de Saratoff la cura en su casa, y si ocurre algún caso fuera de la ciudad, le avisan por telégrafo y acude en seguida. Póngale vuencencia un telegrama diciéndole que al sirviente de Dios Alejo le duelen las muelas, y pida que le cure el dolor. Y los honorarios se los enviará por correo.

—¡Tenterías! Debe de ser un charlatan.

—Pruébelo, vuencencia. Hace milagros.

—¡Hazlo, Alejo!—intervino suplicante la generala—. Aunque no, creas en los exorcismos, ¿por qué no telegrafías? Eso no te perjudica nada.

—¡Bien, está bien!—exclamó Buldeyeff consintiendo por fin—. Con estos malditos dolores no digo yo al recaudador, al mismísimo demonio. ¿Dónde vive ese hombre? ¿Cómo telegrafiarle?

El general se sentó junto a la mesa y cogió la pluma.

—En Saratoff hasta los perros lo conocen—dijo el administrador—. Tenga vuencencia la bondad de escribir a Saratoff... Se llama Jacobo Varilich... Varilich...

—¡Vamos, hombre! ¿El apellido?—
—Varilich... Jacobo Varilich... ¿y el apellido...? ¡Se me ha olvidado!—
Varilich... ¡Demonio! Pero ¿cuál es su

apellido... Hace poco, cuando vine aquí lo recordaba muy bien... Permítame vuencencia...

Ivan Erzeich levantó los ojos al techo y movió los labios. Buldeyeff y la generala le miraban con ansiedad.

—¡Bueno; ¡decídetel! ¡Piénsalo más de prisa!

—¡Ahora, ahora... Varilich... Jacobo Varilich... ¡Se me ha olvidado!... ¡Y un apellido tan sencillo...! Algo así como caballo, potro, potrós... ¡no! ¡No es potro!... Recuerdo muy bien que el apellido es algo de caballo, pero... ¿Cómo es?...
—¿Potrito?

—No, señor. Espere... Yegual... Yeguaf... Yegus... Yegualos...

—Eso ya no es de caballo. ¿Potriñatol?

—Tampoco, señor... Caballín... Caballás... Potrinín... ¡no es esto!

—Pues entonces, ¿cómo escribirle? ¡Piénsalo!

—¡Ahora, ahora. Potranech... Caballanech...

—¿Potrinín?—preguntó la generala.

—No. Yegulín... Yegualín... ¡No, tampoco! ¡Se me ha olvidado!

—Entonces ¿para qué diablos vienes aquí con tus consejos si se te ha olvidado el apellido? ¡Largo de aquí!

Iván Erzeich salió lentamente, y el general se llevó la mano a la mejilla y

comenzó a correr por la habitación.

—¡Ay, padrecito!—gemía—. ¡Ay, madre! ¡Ay, no veo ni la luz del día!

El administrador salió al jardín, y levantando los ojos al cielo, se esforzaba en recordar el apellido del exorcizador.

—Potritoff... Potrinowsky... Potrocoff... ¡No, no es eso!... Cabaloinisky... Caballoroff... Potrikinín... Yeguensky.

Al poco rato, volvieron a llamarle.

—¿Lo has recordado?—le preguntó el general.

—No, señor.

—¿Tú vez Jaco? ¿Jalacaf? ¿No?

Y en la casa comenzó todo el mundo a inventar apellidos. Todos se dedicaron a examinar el género y los rasgos de los caballos, recordando las crines, los cascotes, los arneses... En la casa, en el jardín, en el cuarto de los criados y en la cocina todo el mundo andaba de un lado para otro rascándose la frente y buscando apellidos...

No se hacía más que llamar a cada momento al administrador.

—¿Cuadras?—le preguntaron—. ¿Casquin? ¿Yegularín?

—¡Papá!—gritaron los niños desde su habitación—. ¿Riendas? ¿Bocado?

Todo el hogar estaba agitado. El impaciente y atormentado general prometió cinco rublos al que recordara el verdadero apellido, y los de la



EL BARQUERO (al visitante).—Ya se ve que es vieja, pero con una mano de pintura...

(De *Londón Opinión*, de Londres.)

casa comenzaron a seguir a Iván Erzeich...

—¿A qué?—le interrogaban—. ¿Bayer? ¿Pío?

Llegó la noche, pero el apellido no apareció. Se acostaron sin poder enviar el telegrama. El general no pudo dormir en toda la noche y no hacía más que gemir... A las tres de la mañana salió de la casa, y llamó en la ventana del administrador.

—¿Corcelloff?—le preguntó con voz plañidera.

—¡No, excelencia! ¡No es Corcelloff!—respondió Iván Erzeich, suspirando como un culpable.

—Tal vez no provenga el apellido de la familia del caballo, sino de cualquiera otra.

—La verdadera palabra, excelencia, es cosa de caballo... Lo recuerdo perfectamente.

—¡Pero qué hombre de tan poca memoria! Ahora este apellido es para mí lo más importante del mundo... ¡Estoy medio muerto!

Por la mañana, el general envió a buscar al médico.

—¡Que me saquen esta muela!—de-

cidí, por fin, el general—. No tengo ya más fuerzas para sufrir.

Llegó el doctor y le extrajo la muela.

—Déjalo, Juan. Ya he encontrado la llave...

(De The Humorist, de Londres)

(De Life, de New-York)

ELLA.—¿No hay peligro?

EL.—Ninguno, puedes bajar con toda tranquilidad. He hecho un agujero en la cañería del agua y tu padre está con el dedo puesto hasta que venga el fontanero.

El dolor se le calmó en seguida y el general se tranquilizó. Después de la operación, el doctor tomó su coche y se marchó a casa. Detrás del portallón que daba al campo, se encontró a Iván Erzeich... El administrador estaba de pie, junto a la carretera y mirando fijamente a sus pies, pensando sin duda en algo. A juzgar por las arrugas que cruzaban su frente y por la expresión de sus ojos, sus pensamientos eran tenaces y atormentadores.

—Bayó... Bayó... Lanza... Riendaza—murmuraba—. Caballosaraff...

—Iván Erzeich—llamó el médico—. ¿No me podría usted vender cinco cuartas de avena? Se la compro a los mullocks de mi aldea, pero es muy mala.

Iván Erzeich miró al médico con ojos de estupor, sonrió de una manera salvaje, y sin contestar una sola palabra, echó a correr hacia la casa.

—¡Ya lo sé, excelencia! ¡Ya lo recuerdo!—gritó entrando como una tromba en el despacho del general—. ¡Avena!

—¡El apellido del recaudador es Avena! ¡Avena, excelencia! ¡Telegráfice vuecencia a Avena!

—¡Vete a paseo!—dijo el general desdénosamente, haciendo con la mano un gesto de desprecio—. ¡Ya no me hace falta tu apellido de caballo! ¡Vete a paseo!

A. R. H.

En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones de

ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante

A. MANZANERA. —Independencia, 856. —BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

E. Carmona, Zaragoza.
Sus monos, señor Carmona, son una cosa tan mona que se han ido, por supuesto, a hacer mondas al cielo.

FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Puencarral, 75.
Teléfono 48-00.

Taberner, Cádiz.—Lo de usted es una ignominia cavernosa.
J. Y. Miranda de Ebro.—No es algo, como usted cree, su artículo. Pero de cándido, si es un rato largo.

SASTRERÍA LORITE

Corredora Alta, 19

Trajes y gabanes desde 35 peseta

Marina, Madrid

Marina, yo parto...
Yo parto en minutos trozos tus cuartillas y te aconsejo que te dediques a meter de tu casa, que es mejor... Mejor para ti y mejor para nosotros.

ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagándolas espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.
Horas, de once a una y de cuatro a seis.

Cástulo, Barcelona.—¡Animal, bárbaro, sili, hostelote, etc., etc. y me quedo corti!

Sostenes IDEAL PRESA

Fajas de goma

Santa Engracia, 64

(próxima apertura)

Cen central: Puencarral, 72.

Can y Jafel.—¡Al ceato, y ustedes animulen el movimiento acabado de realizar! ¡Era forzoso como una liquidación por cesación de comercio!

A. C. K. Madrid.—No es por ahí... Ni creo que por ninguna parte...
P. P. R. San Sebastián.—Eso es más malo que un hijo desnaturalizado.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Totó.—Dibulo puero que te fientes. Dinguato que también te fientes, porque, aunque te fientes, ¡te has caído!



Garciel.—¡Paciencia, amigo, paciencia y perseverancia sabid y tranquilidad... Todo irá saliendo y

Lea usted en "Vida Madrileña"

Oficina: Puencarral 66.

Director: DOZ DE LA ROSA

puede usted seguir mandando lo que quiera y lo que quiera a estos seguísimos y eficientísimos servidores suyos que le besan la mano.

Gilmeno.—Sus dibujos en color están un poco peor.

Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedicto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Albera Aguilera, 23. Teléfono 10-59

E. M. G. Sevilla.—¡Imposible publicar eso. Se armaría un escándalo bestial en toda España y sería probable que acabase usted de muy mala manera.

Luis Camacho. Morón.—No puede ser.
A. L. M. Zaragoza.—¡Con que contra pereza, diligencia? ¡Así la coja a usted la que hace el servicio a Calatorao!
Antollón. San Sebastián.—Su dibujo es una calamidad pública.

Por una no maldecida, está Pascual que no vive sólo se puede curar tomando Jarabe Orive.

O. M. de B.—Sí, señor...
Moral fue un gran criminal... Pero usted, por su destino, aunque no es un asesino todavía es más moral.
Y estamos dispuestos a demostrar aquí, en el resto de Europa, en la mayoría de Asia, en nuestras posesiones de África y en lo poco

Vasconcellos Valencia.
Aunque usted lance sus gritos, y se mase los cabellos, son sus versos las matitas que al ceato van derechos, ¡mi querido Vasconcellos!
Barbó.—¡Qué mala! ¡a adoptar seudónimos que son una vil rudendancia!... ¡Si y lo sabemos!...

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETER, 7
Falsareas de pedida.

A la presentación de esta anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Colombán, Barcelona.—¡Un soneto, y con estrambote y todo, dedicado a su novia!... ¡No habíamos de eso, ¡ni siquiera lo mande usted dedicado a la neutral!...
A. L. S. Madrid.
Su cuento *Dulce recuerdo* resulta bastante cerdo.

Uguo RALUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran matices permanentes

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

Dofia Mencía.—No puede ser de ninguna manera. Ni con la recomendación del erbro de la Terragona.

M. R. A. Madrid.—Después más expuesto que le con traje de hilo blanco y acmbrero de malla a Le-ningsado en el mes de enero.

D. P. Madrid.
Con toda mi alma lo siento y lloro con amargura, pero es tan malo su cuento que no tiene compostura. Calibán el chico.—¡Hemos acap-

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Manolo Ruiz, Valladolid.—Le rechazamos a usted con la misma indignación con que le rechazó la virtuosa señorita, cuyas calabazas son el preferente tema de su infortunado trabajo.
Pope, Valladolid.—Queda aceptado, y entre en rigoroso turno para su publicación, su artículo capilar. Gracias por la felicitación de Pascuas y reciba usted la nuestra anticipada para la entrada del año próximo.

Meñafióteles.—No sirve, aunque usted, con soberbia satánica, se ha creído lo contrario.

L. P. F. Madrid.
Su pódico trabajo es un monstruoso espantejo.
R. N. de B. Madrid.
¡Caramba con don Rufino, y qué esquilor más cochino!
E. R. G. Madrid.—Esa prosa tiene ligeros reminiscencias de cafrería. Civilícese y charlemos más despacio.

tado, con inmensa satisfacción y escandaloso regocijo, sus elegantes cuartillas. Se publicarán, y eso haciendo una excepción benéfica en favor de usted, dentro de un par de meses. Estában de original hasta la corveta, y eso que somos absolutamente seguros.

Leandro Reyes Santa Paz.—Se admite, y se publicará también en cuanto se pueda su composición del salicón que no llega a serlo. ¿Sabe usted cuál? ¡Pues ésa!
R. T. A. Coruña.—Eso de Char-Ácapa es el anarcho, es larguísimo. Necesitaríamos dos números y pico de Buñ Huxos para poderlo insertar cómodamente. Comprímese o hágase oficial de Prisiones, que es otra manera de comprimir.

Onáximo Capicúa.
En usted de lo más pésimo cambio de nombre. Onáximo.
R. R. T. Madrid.—En cuanto nos acometa un ataque de locura, publicaremos eso. ¡Antes, no!

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, amén en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indicarse: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En el Metro:

El empleado. —Haga usted el favor de no fumar.

El viajero. —¿Por qué?

El empleado. —Porque está prohibido. ¿No ve usted lo que dice ese cartel? «Se prohíbe fumar.»

El viajero. —Si fuera uno a hacer caso de los carteles... ¡También dice ese otro que me pargue con Carabañá.

Tinama. —Madrid.

—¿En qué se parecen las pantorrillas de una mujer a una cañalera de las doce horas de la esfera de un reloj?

—En que van entre medias.

L. H. P. —Madrid.

—En qué se parece el autor de este chiste a un horcado?

—En que ninguno de los dos ha temido gracia.

J. S. —Bilbao.

La carencia de la vida.
El padre (a su hijo). —Moná, ¿qué vas a ser tú cuando seas mayor?

El chico (entusiasmado). —Yo, un actor malo de teatro para que me liren muchas pelotas.

Luis Jimeno. —Madrid.

La institutriz a la discípula.
—¿Cuál es el futuro del verbo amar?

—Cesarse.

G. M. Juan.

Cerro del Plintento.

—¿En qué se parece un caballo a un elefante?

—En que ninguno de los dos animales toma chocolate por la mañana.

Pedro Ibáñez. —Madrid.

—¿Cuál es el arte más desagradable?

—Hel-arte de frío.

Tut-Anj Amen. —Murcia.

—¿Sabía usted que estando en California buscando pepitas de oro, me encontré una que pesaba cuatro arrobas?

—Y a esa la llama usted Pepita!

—¿Pues cómo he de llamarla?

—¡Mi señora doña Josefá!

José Peña Torrea. —Madrid.

Entre amigos.

—Oye, tú, ¿en qué se parece una novena a un cigajo?

—¿...?

—Pues es eso mismo: en que no se ve nada.

Perico. —Madrid.

—¿En qué estación del año llenos los peluqueros que tener más cuidado con las navajas?

—En Otoño, por la caída de la hoja.

Esecedé. —Madrid.

En un Seminario conciliar verificábanse exámenes para el subalicónado, produciendo accidentalmente el tribunal el obispo de la Diócesis, quien preguntó a un examinando:

—¿Qué se emplea para bautizar?

—Agua natural—contestó el interrogado.

—Y si en vez de agua se empleara caldo, ¿el bautizo sería válido?

—Hay que distinguir; con el caldo de su Ilustrísima, no, con el del Seminario, sí.

•Nanouck. —Toledo.

Con Licor del Polo enjugan su boca muchos valientes, porque así cuando es preciso pueden enseñar los dientes.

En un examen de Aritmética; El profesor. —¿Si se divide un billete de veinticinco pesetas, en veintidós partes, qué queda?

El alumno (que es un fresco). —¿Confetti!

Taranés.

Colmo:

—¿Cuál es el colmo de la economía?

—Temer un amigo que se llame Gaspar, y llamarse Par, para ahorrarse el Gas.

Francisco Grovas. —Barcelona.

Dos amigos se ven en el puerto de Melilla; uno de ellos viene de África y después de saludarse dice el recién llegado: —Chico, tengo un miedo alroz por si me quitan en el Aduana un mantón de Manila.

—No tengas cuidado, no te le quitarán. Acto seguido se despiden en la forma siguiente.

—Bueno. José, ¡que lo pases bien! A lo que respondió el otro: —No seas imbécil, ¡yo veo que te han oído los carabineros!

Pedro Vizcaino. —Melilla.



En una noche muy fría de invierno, un transeúntes llama al sereno repetidas veces, y el vigilante nocturno se va aproximando con mucha calma hacia la puerta en que capte el vecino, y éste le dice: —Veo que es usted muy tranquilo.

—No, señorito, nada más que sereno.

Pedro Soris. —Madrid.



Exigencias.
El señor. —Ochenta duros de sueldo, uniformes de verano e invierno, abrigo, impermeable, casa y luz, un día libre semanal, todo aceptado.

El cólera. —Además habrá el señor que necesito un «mono».

Carlos Atienza. —Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41.
Teléfono 23-33 M.
(A cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, setenidos, libros, dibujos, escribir, etc.

ALMACEN:
Plaza del Matute, 6
Tel. 50-05 M.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

Unión Postal

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	6,50
Año.....	12, —
Número suelto.....	25 céntimos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No se fíen de engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matiz perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angélico Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostriros, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelitero Belleza Vigoriza el cabello y la hace renacer a los caivos, por rebeldie que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el se-
ñalizador de la mujer y del hombre para re-
juvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envile-
cidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO-
LINA. Es la reina de las cremas. Complíce a la persona más exigente. Re-
juvenece, embellece y conserva el rostro, y, en ge-
neral, todo el cutis de manera admirable. Es seguida
de usarle se notan sus benéficos resultados, obte-
niendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garan-
tizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan
perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza,
y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima
pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para
que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color pri-
mitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos ve-
ces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin re-
tardos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los se-
ñoritos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo
que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías
de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Dib. GALINDO.—Madrid.

—Luego dirá mi mujer que soy aficionado a la bebida ¡y me paso el día con una caña!

Ayuntamiento de Madrid